

Dante y el castigo lenitivo

Dante y la Divina Comedia (detalle) de Domenico di Michelino, 1465. Florencia, Catedral de Santa María del Fiore. Fuente: Wikipedia.

FIGURAS REVISTA ACADÉMICA DE INVESTIGACIÓN

ISSN 2683-2917

Vol. 3, núm. 1, noviembre 2021-febrero 2022

<https://doi.org/10.22201/fesa.figuras.2021.3.1>



Esta obra está bajo una licencia
Creative Commons Atribución-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional

Dante and the Lenitive Punishment

<https://doi.org/10.22201/fesa.figuras.2021.3.1.180>

 Armando González-Torres

Escritor independiente

En diciembre de 2017, se realizó, con un éxito formidable, una convocatoria en twitter para comentar la *Divina Comedia* de Dante Alighieri, al ritmo de un canto por semana. ¿Cómo un autor y una obra compleja pueden animar una conversación masiva con participantes de distintas edades, condiciones y formaciones? Acaso este logro inesperado ilustra la paradójica condición de muchos clásicos: por un lado, aparentemente inaccesibles, cubiertos de bronce, distorsionados por las ideologías y aplastados por una cantidad apabullante de literatura secundaria

e industrias críticas y, por el otro, espontáneamente hospitalarios, elásticos y abiertos a nuevas interlocuciones en plataformas novedosas.

La capacidad de frecuentación de los clásicos implica, de entrada, sacudirse el miedo escénico y recuperar la confianza en el gusto y la apreciación personal. En efecto, es factible que cualquier lector se sienta iluminado por una obra clásica, como la *Comedia* de Dante, sin necesidad de tener una formación literaria, conocer el idioma en que se escribió o ser experto en la historia de la época. Por supuesto, un mayor conocimiento del contexto, de la trayectoria del autor, de la lengua y de la inmensa masa de símbolos y referencias que maneja tiende a incrementar el placer y mejora la intelección; sin embargo, frecuentemente el más ligero soplo de un clásico logra motivar y seducir, y lo demás viene por añadidura.

Nada extraño resulta, por otro lado, la fascinación que ejercía Dante desde que su obra comenzaba a circular y su fama en vida se acrecentaba. La historia que narra Dante en su *Comedia*, pese a su longitud y la complejidad de su elaboración e interpretación, es atractiva para cualquiera: se trata de una aventura ultramundana donde se combinan los motivos del amor, la enmienda moral y religiosa y la lucha entre el bien y el mal. El escenario de esta aventura es espectacular e implica una obra monumental en la que aparecen centenas de personajes (mujeres y hombres reales, figuras religiosas y seres mitológicos), cuyos rasgos suelen revelarse en unos cuantos trazos y cuyas venturas y desventuras resultan estremecedoras. Así, el ambicioso relato teológico y filosófico de fondo es amenizado por los recorridos sorprendentes de los viajeros, las confesiones picantes o conmovedoras de los pecadores o bienaventurados, las apariciones de los monstruosos verdugos o las impresionantes escenografías infernales o celestiales. La calidad y fluidez de la trama, la originalidad e intensidad de sus escenas, la viveza de sus personajes, lo terrible y sublime de sus paisajes y la musicalidad de su factura son rasgos que atrapan al lector. Por lo demás, curiosamente la lectura de una obra tan ambiciosa y a ratos hermética, como la *Comedia*, tiende a suscitar honda simpatía con el drama y la grandeza humana de su autor-protagonista, pues su biografía consiste, en muchos sentidos, en la biografía de su obra.

Fusión de poesía y biografía

Dante Alighieri (1265-1321) nace en Florencia, pierde muy joven a su madre y vive con el padre casado en segundas nupcias. Su padre reclama una genealogía ilustre, y el poeta le hace eco. No obstante, pese a la nobleza declarada de sus orígenes, la situación económica de su familia es estrecha y su posición y reputación social, frágiles. A los nueve años, Dante conoce a Beatriz y se enamora para siempre de ella,

antes siquiera de haberle dirigido la palabra. Jura que le cantará como a nadie se le ha cantado en el mundo. Tiene una curiosidad intelectual inmensa y logra una educación esmerada (se especula que acudió a Bolonia en busca de conocimiento y refinamiento): aparte de la lengua vulgar, habla latín y conoce provenzal; se acerca a las principales escuelas poéticas de la época, se hace amigo de Guido Cavalcanti y discípulo de Brunetto Latino; abreva de la filosofía, las ciencias y la teología; se une al gremio de los boticarios y participa activamente en la política de su tiempo. También se casa y tiene varios hijos, sin que casi mencione a su mujer o su vida familiar.

La ciudad en la que Dante crece está más marcada que nunca por el difícil y cambiante equilibrio de la disputa entre el poder religioso y el poder político, entre el Papado y el Imperio, así como el papel que esta contienda juega en la vida política y social de las prósperas ciudades italianas y su vocación de autonomía. Estos enclaves urbanos, por su importancia económica y estratégica, eran el campo de lucha ideológica entre las dos potestades y, a menudo, sus élites dividían sus lealtades entre ambas partes en una lucha cambiante, de acuerdo con los equilibrios internos de poder, los intereses económicos y, desde luego, las heridas ancestrales, producto de las sangrientas venganzas locales.

Muchos de los rencores y heridas de estas batallas pueden encontrarse en las terribles y crueles venganzas que, en el infierno, el poeta emprende contra sus enemigos, a los que somete a los más excéntricos tormentos.

La querrela entre el Papado y el Imperio se remontaba al siglo X y se basaba en un complejo diferendo teológico, jurídico y político sobre el origen, naturaleza y

límites del poder temporal y el espiritual. Se trata de dos carismas y legitimidades que, al tiempo que se requieren mutuamente en la cosmovisión medieval, luchan por ampliar y consolidar su esfera de poder. Un punto de ebullición se alcanza con la coronación de Federico Barbarroja en el siglo XII, quien reivindica el papel del imperio en el gobierno temporal de los hombres y extiende sus espacios de influencia. Para las ciudades del Norte Italiano, tan celosas de su independencia, la opción ya sea por el Papado o el Imperio a menudo se tomaba con el criterio del mal menor, y en ambas opciones siempre se oponía el rechazo a la intervención directa en asuntos locales. La experiencia del dominio gibelino de ascendencia imperial y la intervención y limitación de libertades fue lo que produjo que, hacia la época en que Dante nació, la opción más popular fuera la de los güelfos, que al defender el poder eclesial, buscaban más que nada limitar la intromisión imperial. En Florencia este diferendo es representado localmente por la contienda entre güelfos, o partidarios del papa, y gibelinos, partidarios del imperio. Esta división entre güelfos y gibelinos se ve agravada por la encarnizada disputa interna entre los propios güelfos. Dante es, en principio y por tradición familiar, un güelfo, es decir un partidario del papado, que en ese momento ejerce Bonifacio VII, después de haber sustituido a Celestino V, y que pone en práctica su agresiva agenda para extender la influencia terrenal de la Iglesia. Sin embargo, en la intrincada querrela de facciones, Dante se alía a los güelfos blancos, los menos sumisos al jefe de la Iglesia, y en varias decisiones concretas, con su poco o mucho poder de decisión, se opone al pontífice. Sus matices frente al poder religioso bastan para hacerlo aborrecible, acusarlo de todo tipo de delitos, desterrarlo y condenarlo a muerte en ausencia. Muchos de los rencores y heridas de estas batallas pueden encontrarse en las terribles y crueles venganzas que, en el infierno, el poeta emprende contra sus enemigos, a los que somete a los más excéntricos tormentos. Dante no sólo acomete contra sus enemigos

directos, reproduce venganzas generacionales, adopta leyendas urbanas y deja ver peleas inmemoriales.¹ Desde 1302, cuando sus actividades políticas provocan que lo exilien, Dante vive una existencia nómada, de conspiraciones, nostalgias y amarguras exaltadas; una existencia a veces de paria, arrimado a cortes que solicitan su ingenio. Los años de exilio constituyen una incesante sucesión de gestiones, peticiones, confabulaciones y todo tipo de intentos para regresar a Florencia, ya sea mediante una solución militar o una negociación. De hecho, su gradual desencanto de la posibilidad de formar un ejército y su necesidad de regresar hacen que se aparte de su ya pulverizada fracción política. Por otro lado, desde la renuncia de Inocencio, la administración de su aborrecido Bonifacio y el traslado de la curia a Avignon, lo desengañan de la posibilidad de la reforma interna de la Iglesia y lo hacen pensar en un líder político que, desde el poder temporal, logre la paz e impulse la reforma eclesial. Años más tarde, cuando Enrique de Luxemburgo es hecho emperador y viaja a Italia, Dante lo celebra como un unificador y liberador de su ciudad y envía su conocida carta a los príncipes italianos exhortándolos a apoyar al monarca, así como la misiva a Enrique instándolo a tomar su propia ciudad, Florencia. La empresa de Enrique fracasa, éste muere presa de las fiebres y la conquista de Florencia no se logra, por lo que el poeta debe despedirse de sus últimas esperanzas de regresar a su ciudad. Pese a su melancolía y afanes nunca volverá a su patria.

El exilio abate al leal ciudadano, pero libera al escritor y hace evolucionar sus ideas. Cierto, mucha de su energía y aspiraciones se encauzan a regresar, pero,

¹ Al respecto, una magnífica revisión es la de Sebastián Saldarriaga Trejos en su estudio *Más allá de la Comedia, el infierno político de Dante*, disponible en: <https://repository.javeriana.edu.co/bitstream/handle/10554/18664/SaldarriagaTrejosSebastian2014.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

al mismo tiempo, al romper los vínculos políticos exclusivamente locales, sus horizontes se hacen más amplios, su espectro de alianzas se ensancha y su criterio se abre a nuevas experiencias. Por lo demás, es posible que el exilio y su obligada pausa en la política florentina, al mismo tiempo que su fama como poeta por la que era recibido y agasajado por diversos anfitriones, hayan obligado a dedicar más tiempo al cultivo de las letras.

La revancha

La *Comedia* es su autobiografía velada en obra magna: con ella cumple su promesa a Beatriz y, al mismo tiempo, esboza sus ásperas cuitas de desterrado, despliega sus ideas políticas y filosóficas, expresa su devoción y lava sus rencores. Se trata de una obra insuperable, con su “invención acerbísima”, como la define Boccaccio, de la imaginación punitiva y de la fantasía lenitiva. Como sugiere Ángel Crespo, en esta obra Dante no sólo invierte su talento poético, sino mucha energía política. De hecho, su poesía expresa una experiencia personal, pero también las ambiciones de una nueva lengua, una cosmovisión filosófica y un profetismo político.

Esta enciclopedia punitiva se funda en una convicción ética que deplora la hipocresía circundante, aboga por la reforma religiosa y social y promueve, con el ejemplo, el ascetismo, la autenticidad y la virtud.

Ninguna generación de lectores ha sido ajena a ese horror sublime que provoca el paso por el infierno y el purgatorio de Dante. En ninguna otra obra literaria puede encontrarse un catálogo tan variado e

imaginativo de penas y tormentos y una descripción tan realista del sufrimiento físico y espiritual de los suplicados. Por eso, ninguna generación de lectores ha sido ajena al efecto de horror que provoca el tránsito por el infierno de Dante. Los escarmientos no sólo duelen, sino que degradan y deshumanizan al traducirse en crueles y repugnantes trasmutaciones. Se castiga eternamente incluso a aquellos que pecaron por distracción, omisión o indiferencia, aunque los correctivos más duros están dirigidos contra los que dañaron intencionalmente, como los supremos traidores, Judas, Bruto y Casio, que son atormentados personalmente por Lucifer. Como dice George Santayana: “La precisión y el horror, la representación gráfica y la verdad moral no han estado nunca tan maravillosamente combinadas como en la descripción de este infierno”.² Esta enciclopedia punitiva se funda en una convicción ética que deplora la hipocresía circundante, aboga por la reforma religiosa y social y promueve, con el ejemplo, el ascetismo, la autenticidad y la virtud. Con todo, no es difícil imaginar que estas descripciones de los tormentos de sus contendientes supusieron, también, una pequeña pero curativa y divertida revancha para el agraviado Dante.

Desde su juventud, y luego en su exilio, Dante escribe poesía y diversos tratados de retórica, política y filosofía, que exhiben rigor y originalidad y que por sí solos pudieron haberle otorgado la posteridad. Toda su obra, al menos vista en retrospectiva, va delineando la impresionante factura de la *Comedia*. En su poesía inicial, Dante se adhiere a la escuela de los fieles del amor que profesan la adoración, entre mundana y religiosa, a una mujer idealizada, capaz, como Beatriz, de interceder entre el cielo y la tierra. Este vasallaje elegido reproduce una forma feudal, pero, al contrario de su manifestación social, en este caso

² George Santayana, *Tres poetas filósofos* (México: Porrúa, 1994), 67.

el vasallaje a la dama es liberador. Precisamente, en *La vida nueva*, este conjunto de poemas donde ya se perfila poderosamente la figura de Beatriz, el amor es una vía para la ascensión hacia el conocimiento de Dios. (Esta obra devota del amor se contrapone con el licencioso y divertido poema “La flor”, también atribuido a Dante). En *El convite*, por su parte, pueden encontrarse consideraciones en torno a la naturaleza, funciones y posibilidades de la lengua vulgar, así como distinciones entre las distintas nociones de la apreciación de la literatura (literal, alegórica, moral y anagógica) que son fundamentales para entender la génesis, lenguaje y estructura de la *Comedia*. Igualmente, su tratado sobre la nobleza entendida como rasgo de espíritu, y no como herencia o posesión de riquezas, permite apreciar el riguroso sentido de justicia que aplica en la *Comedia*.

De la lengua vulgar, por su parte, no sólo es una exaltación del lenguaje nativo, sino una inquisición casi científica en los orígenes y avatares de las lenguas europeas, así como un elogio de la poesía y de determinados metros, como el endecasílabo.

La monarquía, por su parte, es un libro que encomia la figura del monarca como vínculo entre el gobierno mundano y el divino y que no requiere la intervención del papa, lo que refiere la evolución de la situación y el pensamiento político de Dante en sus últimos años. En este tratado, Dante, evocando el esplendor de Roma, aboga por una monarquía universal que conduzca a la paz, que incentive el comportamiento virtuoso y la fe y que instaure a la Iglesia en el plano de lo meramente espiritual.

Durante su vida, Dante ya era famoso y tuvo una rápida consagración tras su muerte, con la publicación de numerosos comentarios y la celebración de lecturas para discutir su obra. Esta rápida consagración, como señala Ángel Crespo, se vio pausada por algunos siglos; sin embargo, nunca dejó de estudiarse:

su influencia se extendió a través de países e idiomas y, durante el Romanticismo, se consolidó como una cumbre del canon occidental.³

Se trata de un auténtico reportaje desde los distintos reinos del ultramundo que hace estremecer por la delirante verosimilitud, sus ecos humanos y, a la vez, por su pretensión profética.

Todos conocen la anécdota de la *Comedia*: un hombre de mediana edad, el propio Dante, se extravía en una selva oscura y es amenazado por fieras, cuando se siente perdido aparece el espíritu de un poeta admirado, Virgilio, quien ha sido enviado por su amada Beatriz, ya moradora del cielo, para conducirlo en sus primeras etapas por los reinos eternos. Dante y su guía cruzan el vestíbulo del infierno, el limbo donde habitan los desventurados que murieron sin bautismo o no conocieron la verdadera religión, luego, los diversos círculos habitados por lo que fuera la fauna humana más nociva, donde confluyen lujuriosos, golosos, asesinos, falsarios, iracundos, aduladores, avaros, traidores o sembradores de escándalos. La clasificación de pecados es detallada y los castigos constituyen un dechado de rigor mental y crueldad. Los réprobos son deshumanizados grotescamente y sometidos a penas que potencian dolorosamente sus vicios y se los recuerdan por toda la eternidad. Por lo demás, muchos de los supliciados son personajes bien conocidos de la época, lo que sin duda genera cierto morbo. Los distintos círculos del infierno castigan las faltas humanas con diversos castigos, acordes a

³ Ángel Crespo, *Dante y su obra* (Barcelona: Acanalado, 1999).

la gravedad del delito, pero siempre con una severísima regla. El hecho de que, en numerosas ocasiones, el protagonista y narrador y su guía Virgilio, se detengan a conversar con los condenados exagera el dramatismo de la narración y hace contrastar su albedrío humano con el castigo sobrenatural que reciben. Se trata de un auténtico reportaje desde los distintos reinos del ultramundo que hace estremecer por la delirante verosimilitud, sus ecos humanos y, a la vez, por su pretensión profética (más allá de sus virtudes estilísticas, Dante presumía el carácter de revelación de su gran poema).

Su pretensión profética establece una paradójica armonía con la extendida presencia de su propia persona en el poema. Como sugiere otra vez Santayana,

En cierto sentido, este egotismo es un mérito o, cuando menos, un motivo de interés para nosotros, los modernos, pues el egotismo es la actitud característica de la filosofía moderna y del sentimiento romántico. Al ser egotista, Dante se adelantó a su época. Su filosofía hubiera perdido una dimensión profunda y su poesía un elemento patético si no se hubiera colocado a sí mismo en el centro del escenario y si no hubiera descrito todas las cosas como experiencias propias o como revelaciones que se le hicieran con vistas a su salvación personal. Pero el egotismo de Dante va más allá de lo necesario para que la comprensión trascendental esté ausente de su filosofía. Se extiende tan lejos que proyecta la sombra de su persona no sólo sobre las galerías del purgatorio (como nos anuncia repetidamente), sino también sobre toda Italia y toda Europa, las cuales contemplo y juzgó bajo la evidente influencia de los resentimientos y pasiones privadas.⁴

⁴ Santayana, *Op. cit.*, 72.

Tras su periplo por el infierno, Dante y Virgilio se dirigen a la montaña del purgatorio, donde se redimen los que se arrepintieron de último minuto y los culpables de pecados capitales. Con el recorrido por el purgatorio termina la misión de Virgilio y pronto aparecerá ante Dante la imagen luminosa de Beatriz, quien lo guiará por los nueve cielos donde habitan los bienaventurados, y donde, poco a poco, las palabras se agotan ante lo innumerable de la belleza y la felicidad eterna.

Si la *Comedia* es una suma de la sabiduría de su tiempo, también es un poema militante, lleno de filias y fobias políticas, en el que el poeta hunde en el infierno a todos sus enemigos y halaga a sus mecenas y amistades.

Esta obra puede acumular adjetivos antagónicos: alegórica y confesional, abstracta y anecdótica, compasiva y sanguinaria. Constituye un episodio de elucubración y ficción, tan creativa como vindicativa, en el que el autor busca en cierto modo reconciliar su aprecio a la cultura pagana con su fe religiosa, manifiesta su entendimiento enciclopédico y decanta su rica experiencia vital, inserta en el fragor político de la época. Porque si la *Comedia* es una suma de la sabiduría de su tiempo, también es un poema militante, lleno de filias y fobias políticas, en el que el poeta hunde en el infierno a todos sus enemigos y halaga a sus mecenas y amistades.

Y, sin embargo, su fuerza simbólica, su belleza y su poder revelador se imponen sobre las tensas circunstancias de su hechura. La *Comedia* deja ver una ambición de conocimiento y una audacia teológica (con un puñado de condenas y salvaciones sorprendentes)

que lindan con la herejía; una extraordinaria erudición filosófica y sentido común político; un conocimiento diestro del arte de la composición y el oficio poético y, por si fuera poco, un lenguaje inaugural, preñado tanto de la espontaneidad del habla popular como del toque del genio.

Así, este fresco de lo más refinado de las culturas pagana y cristiana, este relato de transformación personal, este retrato de la bondad y la maldad humanas y este homenaje al amor y la mujer se reúnen en una aventura prodigiosa que, además, tiene una solución profundamente inquietante, pues al protagonista Dante no lo salva su propia fe ni la misericordia divina, sino el amor y la infinita piedad de Beatriz. Es entendible que esta obra haya producido, y siga generando, reverberaciones infinitas en las artes y la cultura y que, en nuestros tiempos, se haya convertido por un lapso en motivo de conversación de las más concurridas tertulias virtuales.

El castigo lenitivo

Suele pensarse que las grandes obras son edificantes y parten, también, de motivaciones virtuosas. Sin embargo, como puede colegirse de un simple asomo a la vida de Dante, a la polarización política de su época, a su furiosa inmersión en la disputa por el poder y a sus sufrimientos debidos a sus militancias, Dante construyó parte de su obra con la bilis y el desencanto de un perdedor en la política mundana. Este enojo y este afán de desquite resulta visible en una de las obras más imponentes que ha producido Occidente. Así, los materiales vertidos en el crisol de la literatura tienden a transformarse y adquirir características totalmente distintas a las de sus elementos originales. Los castigos infligidos a muchos pecadores son pequeñas venganzas hacia aquellos contemporáneos que incidieron en su desgracia; sin embargo, más allá de esta circunstancia anecdótica, Dante hace una

honda y prodigiosa indagación literaria en la moral humana y en la naturaleza del bien y del mal. ♦

Referencias

- Crespo, Ángel. *Dante y su obra*. Barcelona: Acantilado, 1999.
- Saladarrriaga Trejo, Sebastian. "Más allá de la Comedia, el infierno político de Dante." Trabajo de Grado. Pontificia Universidad Javeriana, 2014. Disponible en: <https://repository.javeriana.edu.co/bitstream/handle/10554/18664/SaldarriagaTrejosSebastian2014.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Santayana, George. *Tres poetas filósofos*. México: Porrúa, 1994.